



Anclado en la materia

ALBERTO DALLAL

Anclado en la materia no logro ni pensar ni sentir la vida trascendente de la que todos se ufanan; resisto más bien percibiendo cómo mi cuerpo navega en el universo, como una leve hoja flotante o como una singular partícula de polvo que, consciente de sí misma, se envuelve en el tiempo y converge en el espacio hacia la nada.

Sereno porque no hay otro remedio que lanzar una mirada lineal en lontananza, hacia el infinito sur o norte, en dirección de las estrellas que rodean a la geografía de la Tierra, donde permanezco a la expectativa, a la deriva, a la búsqueda de algo, alguien con qué llenar el hastío, o el sentido de muerte, o la sabiduría. A la expectativa de quien se deje llevar por circunstancias de cualquier color, textura, uniformidad, esfera o cilindro, porque ¿qué quieren decir cuando dicen circunstancias?

Si alguien supiera cómo he alcanzado esta inmovilidad. Si alguien, uno solo, dijera aprovechemos este flotar en el vacío total del universo. Si alguien me dijera, cuenta cuántos átomos se estrellan en el aire, cuántas nubes de incoloras sensaciones se desprenden del vaho de la tarde o se siembran a sí mismas sin pudor o recelo. O bien que llegara ese glorioso técnico a explicarme cómo van tomando su lugar en el espacio los bytes y las ondas y las minúsculas electrocuciones

que se desprenden de uno solo de estos signos que, por cierto, entonces, se van escribiendo en el espacio.

A merced de las restringidas leyes de ese mismo espacio infinito, sólo que externo: cada astro debe hallarse ejerciendo sus terribles imanes sobre la superficie de mi cuerpo, que no hace sino dormir en sus laureles, en su nicho de ser y estar y permanecer al acecho del silencio. El limbo electrónico: aparecen y desaparecen desaforadas o tranquilas emanaciones. “No hay mucho qué hacer”, añade mi corazón (¿existe todavía?), intentando ir por fin a gatas, sostenido por el suelo, asidero práctico de mis elucubraciones. “Tal vez decir un número de números, una cadena ordenada de cifras y, al llegar al punto de inflexión, al cansancio o al silencio, a la tozudez estática de mi experiencia, entonces volver a empezar de nuevo con las mismas frases o imágenes.” Tal vez pero de nada vale intentarlo.



Valderrama